
SOBRE CÓMO LEER LOS EVANGELIOS

Marcel Légaut
Noviembre, 1980

Voy a intentar hablaros de Jesús. Pero hablar de Jesús es, en el fondo, ahondar un poco en cómo leemos, comprendemos y vemos el alcance de las Escrituras que nos hablan de él, esto es, por un lado, los Evangelios, en tanto que textos de las primeras generaciones cristianas, y, por otro, los escritos de algunos de los primeros cristianos, que fueron capaces de decir lo que vivían, incluyendo, además, diferentes interpretaciones así como las doctrinas profesadas en las diferentes iglesias. Para simplificar, hablaré sólo del Evangelio, que creo que se puede leer a distintos niveles.

Primer nivel. Es el más frecuente, el más fácil y el que se nos ocurre de manera más inmediata. Consiste en ver el Evangelio como una regla de conducta que hay que observar. Así pues, nos situamos en el nivel de la ley: de la nueva ley. Hace algunos siglos, se pudo decir que Jesús era el nuevo Moisés. Moisés era el antiguo legislador que, en nombre de Dios, había impuesto la Ley, fundamento de la fidelidad del pueblo de Israel a su Dios. Jesús trajo, con sus enseñanzas, la Nueva Ley, la que le correspondía cumplir a la Iglesia que él fundó. Pues bien, este primer nivel no es falso pero es insuficiente.

Segundo nivel. Es más reciente porque es consecuencia de una toma de conciencia más exacta del proceso de formación de los Evangelios. Consiste en darse cuenta de que los Evangelios no son el relato exacto de lo que Jesús hizo, ni la memoria exacta de lo que dijo, sino la forma como las primeras generaciones cristianas vivieron y expresaron la percusión espiritual que Jesús provocó durante los escasos meses de su vida pública. Gracias a la historia, a la exégesis y a una comprensión propiamente cristiana del Antiguo Testamento, podemos ver mejor cómo vivieron de Jesús las primeras generaciones.

Nosotros somos sus herederos y, sin embargo, han tenido que transcurrir veinte siglos para poder comprender en profundidad, en algunos aspectos, lo que vivieron. El universo mental en el que estamos inevitablemente encerrados es, evidentemente, muy diferente del de aquellas primeras generaciones. Y uno de los aspectos más importantes de la crisis religiosa actual es que, desde hace varias décadas, debido al aumento vertiginoso de los conocimientos, nuestro universo mental ha cambiado profundamente, de suerte que la distancia que separa nuestro universo mental del de las primeras generaciones cristianas es cada vez más grande.

Tercer nivel. Consiste en intentar comprender, en intentar entrever, a través de lo que las primeras generaciones cristianas vivieron, lo que Jesús mismo vivió.

Éste no era, inicialmente, el objetivo de las Escrituras tal como las conocemos. Nuestros Evangelios son una catequesis que estuvo muy condicionada por sus autores, y muy condicionada también por el público al que iban dirigidos. El objetivo de los Evangelios no era decirnos ni cómo habían creído en Jesús los primeros discípulos ni qué había vivido Jesús mismo.

Este tercer nivel supone una actividad espiritual por nuestra parte; una actividad que no se puede separar del trabajo exegético propio del nivel anterior, a pesar de que éste, aquí, no baste. Este nivel exige de nosotros una comprensión en profundidad que es afín a esa intelección de nuestro pasado que va más allá de la simple memoria de los acontecimientos vividos; intelección que nos permite captar, desde el interior, a través de la diversidad de acontecimientos y de situaciones, la unidad fundamental de nuestra vida.

Esta toma de conciencia en profundidad de nuestra existencia es muy útil, ciertamente, para poder entrar, en profundidad, en la comprensión de lo que Jesús vivió, a través de todo lo que se nos ha dicho al respecto. Comprendemos lo que Jesús vivió a la luz de lo que nosotros hemos vivido, estamos viviendo o tenemos que vivir. Así, por ejemplo, podemos descubrir, en Jesús, una toma de conciencia pro-

gresiva de su misión, igual que nosotros vamos tomando, poco a poco, conciencia del sentido de nuestra vida.

Cuarto nivel. Consiste no en interesarse particularmente en las cosas –contingentes y capitales a un tiempo– que permitieron a Jesús llegar a ser lo que fue (toma de conciencia de su misión, rechazo de algunas tentaciones, solución de los callejones sin salida que se le presentaron), es decir, todo lo que podemos vivir y, por consiguiente, comprender a partir de nuestra propia vida, no sin algunas transposiciones; sino que consiste en descubrir lo que de verdaderamente universal hay en Jesús, es decir, lo que en él va más allá de nuestras historias personales y que, en alguna medida, nos inspira porque es universal. Para quien descubre a Jesús de esta forma, los veinte siglos que nos separan de él no son nada.

A mi entender, situados a este nivel, Jesús descubrió y aportó dos cosas fundamentales, de una novedad extraordinaria, incomprendible para nosotros que no nos acabamos de hacer cargo del escándalo que provocó, sin duda, cuando, progresivamente, las fue poniendo en claro para sí, para sus discípulos y ante sus oyentes. Estos dos descubrimientos son: la grandeza del hombre y una nueva concepción de Dios.

Primero, la grandeza del hombre. Pienso que Jesús debió de descubrir esa grandeza, sobre todo, cuando se la menospreciaba. Por eso Jesús hizo tanto hincapié en todos aquellos que, de una forma o de otra, eran considerados entonces como marginados, como pecadores: lo contrario de los bienpensantes de la época. La manera de relacionarse Jesús con estos marginados seguro que, en ciertos aspectos, les pareció condenable a quienes tenían de la ley de Dios una concepción tan sacralizada que su observancia les parecía completamente suficiente pues no dudaban que era ella la que les dictaba también, sin más, los comportamientos correctos que debían tener con los demás.

Jesús descubrió, en contacto con lo que pasaba a su alrededor, que muchos judíos piadosos y religiosos –que probablemente habían

escuchado a Juan Bautista y que quizá se habían hecho bautizar por él— se escabullían de determinados deberes íntimos que, por definición, la ley no podía imponerles porque se dirigía a todos, a diferencia de esas exigencias íntimas que son asunto de cada uno. Esos judíos piadosos y religiosos se escabullían, pues, de esas exigencias íntimas, así como del encuentro particular con el otro que ellas comportaban, porque dicho encuentro no estaba en la línea de la ley general. De ahí vino el descubrimiento capital de Jesús: la Ley de Moisés era, ciertamente, necesaria (igual que todas las tradiciones derivadas de ella) pero, por otro lado, resultaba radicalmente insuficiente pese a su origen divino y a que toda la historia de Israel estaba basada en la fidelidad a dicha ley.

Decir en aquel tiempo que la Ley de Dios era insuficiente hubiera equivalido a una declaración de ateísmo si la palabra “ateo” hubiera existido. Algo parecido fue acusar a Jesús de blasfemo tanto en ésta como en otras ocasiones parecidas. Cuando Jesús decía “la Ley os dice tal cosa pero yo os digo tal otra”, uno se admira de la autoridad que manifestaba y de cómo debía de sentirse investido de su misión para poder asumir una impugnación así de la Ley que todos consideraban promulgada directamente por Dios mismo... Resumiendo: Jesús impugnó la suficiencia de la Ley porque afirmó la grandeza del hombre.

Segundo, una nueva relación con Dios. La misión de la que Jesús se sentía investido formaba parte de él hasta el punto de que su relación con Dios se vio transmutada por ello. Fijaos en la diferencia entre la forma como los profetas del Antiguo Testamento se sentían investidos de su misión y cómo Jesús se comportaba respecto a la voluntad de aquél al que llamaba su padre. Los profetas hubieran preferido que lo que Dios les pedía se lo hubiera exigido a otros y no a ellos, tal como la historia de Jonás ilustra muy bien. Los profetas eran, en cierto modo, heterogéneos a lo que se les pedía que hicieran y dijeran.

En Jesús, en cambio, no hay ni rastro de esto. Esta diferencia importante, quizá radical, entre cómo los profetas se sentían investi-

dos de su misión y cómo Jesús se sentía una sola cosa con la suya cambia radicalmente la concepción que se podía tener de Dios. Ya no se trata de un Dios exterior, que se impone desde fuera con poder y al que hay que someterse porque es el Todopoderoso. Si Jesús llamó a Dios su padre, fue, probablemente, por no llamarle “Dios” a la manera como se concebía en su tiempo.

Su noción de misión está unida a esta nueva relación con Dios, que podemos llamar de “filiación” con tal de no dar a este término un sentido demasiado psicológico. Esta relación de filiación hace que, del mismo modo que la misión forma parte de Jesús, Dios esté en él; mientras que, en los profetas, tanto la misión como Dios sólo se imponían desde fuera.

Creo que hay aquí un vuelco radical que sólo fue posible en Jesús al afirmar la grandeza del hombre tal como lo hizo: de suerte que luego ese vuelco pudo darse en cada uno. El hombre es lo suficientemente grande como para que, de alguna manera, Dios encuentre en él su sitio y le sea íntimo, sin tener ya una trascendencia que se manifestaría simplemente por una extrema exterioridad y por un extremo poder externo.

En las perspectivas que Jesús desarrolla, Dios es llamada y es espera. Dios no es el Todopoderoso que se impone con autoridad, desde fuera, y al que hay que someterse como uno se somete a un ser todopoderoso en la sociedad humana. Aquí hay algo que supera con creces nuestras pequeñas situaciones individuales. No estamos ya en el plano del descubrimiento de la vocación o de la toma de conciencia de las tentaciones que nos pueden surgir.

En la medida en que Jesús se sintió una sola cosa con su misión e íntimamente unido al que fue el origen de ésta, se sintió también, simétrica e íntimamente, unido al hombre mismo. Me reconoceréis que había que tener una conciencia muy singular de lo humano y una comunión muy especial con el hombre, del mismo orden que la que tenía con el Dios al que llamaba su padre, para decir a sus discípulos: “lo que hagáis al más pequeño de entre vosotros, es a mí a

quien se lo hacéis”. Esta identificación de Jesús con el otro es del mismo orden que la unión de Jesús con Dios.

Pero vayamos aún más lejos. Era tal la impresión que Jesús tenía de que lo que aportaba era crucial para el hombre, dada la misión que sentía haber recibido de Dios, que, a pesar de la extrema imposibilidad que se manifestaba en su tiempo –y todavía ahora– entre lo que él quería afirmar y lo que las gentes de su alrededor podían comprender, aseguró que, cualesquiera que fuesen los acontecimientos que viniesen, sus palabras no pasarían.

Sólo por un tiempo es posible impedir que la verdad se desarrolle y se propague. Cualquier obstáculo que se oponga a su crecimiento será, al fin, rebasado. La verdad es tan esencial, tan fundamental para el hombre que, en el curso de las generaciones, lo que unas no pueden aceptar por no estar maduras para comprenderlo, las siguientes –pese a haber sido formadas y en alguna medida deformadas por las precedentes– podrán comprenderlo mejor. Así podrán corresponder, más de cerca, a la verdad del comienzo: ”mis palabras no pasarán”. Aunque, sin embargo, después de veinte siglos, tampoco hemos progresado tanto.

Un hecho que integra, sintetiza y resume todo lo que os acabo de exponer es el encuentro de Jesús con la Samaritana, cuando Jesús afirma (en la misma línea de su impugnación de la Ley) que, en adelante, la única religión que permanecerá es la religión “en espíritu y en verdad”. En adelante, ya no adoraremos ni siquiera en Jerusalén sino en espíritu y en verdad, en el fondo del corazón de cada uno de vosotros. Vosotros sois lo bastante grandes como para que Dios pueda habitar dentro vuestro.

El reino de Dios “está en vosotros”. Los judíos lo esperaban en este mundo, y toda la tradición mesiánica se inserta en esta tradición político-religiosa de tipo terrenal. Decir que la única religión que perdurará es una religión en espíritu y en verdad es afirmar una certeza que veinte siglos no han logrado todavía cumplir. Todos estamos muy apegados a religiones que están muy lejos de ser religiones en espíritu y verdad.

Una religión en espíritu y en verdad supone que hay relaciones en espíritu y en verdad entre sus miembros, ya que el Dios al que debemos servir, que es íntimo para nosotros, se nos revela a través de su realidad en el otro. En la medida en que seamos capaces de ser, en espíritu y en verdad, transparentes para el otro, y seamos capaces de “ver” al otro con una cierta luz de transparencia, seremos capaces de esa religión en espíritu y en verdad. Pero, ¡qué lejos estamos todavía de eso!

El último testamento, el último legado de Jesús es haber creído en esta posibilidad cuando todo lo que pasaba a su alrededor en su tiempo era la negación de su fe. Si murió en una cruz, es, sobre todo, porque creyó en lo que os he dicho mientras el pueblo judío lo rechazaba. En cierto modo, la mayoría de los creyentes, cristianos o no, todavía lo rechaza. Jesús murió consciente de que lo que había anunciado tenía valor de eternidad pero iba a necesitar muchos siglos para hacerse mínimamente realidad.

Hay que meditar en esto porque, si queremos ser obreros capaces cara al porvenir, no basta con que seamos conservadores del pasado sino que debemos creer en ese porvenir a pesar de lo que tiene de increíble; y tenemos que enraizar nuestra misión –en la medida en que la tengamos porque se nos ha dado– en la conciencia de dicho porvenir impensable. Sólo así podremos trabajar útilmente en ello, conforme a nuestra medida y lugar.

He aquí, pues, una forma de leer el Evangelio que aporta una luz completamente distinta a la luz moralizadora de la que he hablado al principio (primer nivel) y a la luz exegética e histórica de la que hemos hablado a continuación (segundo nivel); luz que va más allá también de nuestra pequeña experiencia personal de vida de fidelidad y de vocación (tercer nivel). Esta cuarta forma de lectura saca partido, quizá, de las anteriores, pero confiere, sobre todo, un vigor muy personal a la realidad singular que cada uno tiene que vivir para ser fiel. Esto le corresponde a cada uno comprenderlo.